

---

## Entre Edipo y Ulises: exilio y contra-exilio en la poesía de Tomás Segovia

Milena Rodríguez Gutiérrez

*Universidad de Granada*

---

---

EN SU MEMORABLE ENSAYO sobre la poesía hispanoamericana del siglo XX, *La máscara, la transparencia*, Guillermo Sucre ha escrito que en Tomás Segovia «el exilio tiene un valor ontológico y no simplemente histórico; es una prueba de iniciación: nos destierra pero para luego arraigarnos, nos arroja de lo cubierto pero para hacer de lo abierto una nueva morada» (Sucre: 368). Por su parte, Luis García Montero dirá: «en la poesía de Tomás Segovia el exilio trasciende la anécdota biográfica para convertirse en un sentimiento general sobre la poesía y la existencia humana. El exilio no es simplemente un tema» (García Montero: 3). El propio Tomás Segovia ha dado en diversas entrevistas su visión del exilio, y esa visión tiene mucho que ver con lo que dicen estos poetas-críticos; por ejemplo, en una entrevista en *Babelia*, el suplemento cultural del periódico *El País*, en 2003, Segovia decía: «Para mí el exilio no es un tema, es una condición. Aparece en lo que escribo como aparece que soy varón, heterosexual, sentimental... El exilio es una manera muy fundamental de estar en el mundo. Tiene que ver con la moral» (*El País*, en línea).

Lo cierto es que cuando nos acercamos a la poesía del hispano-mexicano, del trasterrado Tomás Segovia (Valencia, 1927-México D. F., 2011), percibimos muy pronto que el exilio es algo mayor o más hondo que un tema y que una circunstancia; y advertimos, también, que el desarraigo segoviano tiene dos caras que se oponen y que se complementan. Intento, en este trabajo, realizar un breve recorrido por la poesía de Tomás Segovia tomando estas ideas como guías, o, más bien, intento indagar en algunas zonas y en ciertos textos poéticos que, en mi opinión, ponen en juego estas ideas.

Podría decirse que el exilio es algo así como una condición primera o como una marca que en la poesía de Tomás Segovia se atribuye siempre al ser humano. Estaría, incluso, tentada de decir que el exilio en la poesía de Segovia es como esa imagen primaria que el psicoanálisis lacaniano ha denominado *fantasma* (y no olvidemos que Segovia es precisamente el traductor de Jacques Lacan al español), esa imagen que hace surgir todo lo que vendrá después en nuestra vida; esa imagen, esa huella, que ordena u organiza todo lo demás. Y es que, sin esa imagen primaria del exilio, en la poesía de Segovia todo lo demás acaso no existiría. Escribe así el poeta al final de su «Canción de huérfano», del libro *Anagnórisis* (1967): «La herida que te funda es veraz como un ojo / que al apagarse apagaría el mundo» (Segovia, 1998: 246).<sup>1</sup> Es posible hallar aquí la idea del exilio que desarraiga para volver a arraigar; es posible, incluso, percibir la necesidad de la existencia de la herida; y es que la herida, la cicatriz que constituye el exilio, que lo funda, aparece en estos versos como una especie de hoguera, de llama que debe permanecer viva, encendida, para que el sujeto poético, y el mundo, permanezcan, también, con vida. Resulta interesante, asimismo, en estos versos la imagen utilizada para describir o dibujar la herida del exilio, una herida que va a ser así *ojo*; un ojo que vela, un ojo siempre abierto. Esta imagen me hace recordar al estudioso José Solanes, quien señalaba que una de las constantes del exilio es esa experiencia de «verse vivir» (Solanes: 188). ¿Y qué otro modo más nítido hay de «verse vivir» que pensando y construyendo el exilio como un ojo veraz, un ojo siempre abierto?

En la poesía de Segovia aparece, con frecuencia, un personaje peculiar, una especie de alter-ego; se trata del Nómada, alguien siempre en la errancia, siempre en medio del camino; alguien, también, con distintos rostros y nombres. Así, por ejemplo, en el libro *Partición* (1983) encontramos una sección completa dedicada a este personaje y titulada «Cuaderno del nómada». Dentro de este Cuaderno hay un poema en prosa en el que quiero detenerme; se trata de «Ser de intemperie»; veamos el texto:

¿Qué podrá evocar el Nómada que no sea desnudez y no esté a la intemperie? La fuerza que ha abrazado es tener siempre sus casas recorridas por el viento, su lecho siempre en alta mar, su corazón distante entre lluvias y neblinas. Y sin partidas, en una sucesión interminable de llegadas, pues ha visto en el río de los días que ninguna jornada pudo ser la primera, y sabe que no existe para él reposo, que todo descanso apoya sobre alguna raíz su peso. Nacido en los caminos, su destello es saber que todos han venido sin saberlo de otro sitio, que donde ponen su origen es allí donde empieza su ignorancia, que se hermanan de otro modo que el que creen. Su tiniebla, el terror de no sembrar por fin en la tierra sus huesos (Segovia, 1998: 421).

En este poema el Nómada, símbolo del exiliado, es alguien desnudo, un «ser de intemperie». El Nómada no tiene una casa, sino *casas*, en plural, pero casas «recorridas por el viento» y un lecho «siempre en alta mar»; es alguien que continuamente está llegando, que no parte porque desde el comienzo estaba en el camino: ¿cómo partir entonces si «ninguna jornada pudo ser la primera»? Y es que lo que importa aquí son las llegadas, por encima de las partidas (en la poesía de Segovia a menudo se está llegando; *Llegar*, recordemos, así, en infinitivo, se titula precisamente uno de sus poemarios de los últimos años<sup>2</sup>). Pero, acaso, lo más interesante del poema es cómo se con-funden en él la circunstancia individual con lo genérico o con lo ontológico; cómo se funde el ser de *uno* con el ser de *todos*; todos, en realidad, son, somos, como el Nómada; la diferencia, la peculiaridad del Nómada frente a los demás, dada por su circunstancia, es sólo que él es capaz de percibir, de ver lo que otros no ven y aquí está, otra vez, la idea del exilio como *ojo* y como ojo *veraz*. Así, en el poema, se pasa de pronto del *uno* al *todos*: «Nacido en los caminos, su destello es saber que todos han venido sin saberlo de otro sitio, que donde ponen su origen es allí donde empieza su ignorancia». Hacia el final del poema, el nómada deja, entonces, de representarse a sí mismo para convertirse en símbolo de todos, del ser humano. Su caso ya no es un caso único, particular; todos somos nómadas y el origen, nuestro origen, es algo confuso, engañoso. Esta cuestión del origen, nos lleva a la cuestión de la identidad individual y podemos pensar en Edipo y en el mito, ese mito de la identidad que Edipo nos

hace cuestionar. Y es que el personaje de Edipo, si lo analizamos desde la perspectiva identitaria que nos ofrece Segovia en sus textos, se convierte también en una especie de exiliado, en un nómada cuya ignorancia y cuyo fatal destino se produce precisamente por poner su origen en otro sitio, un sitio en el que no estaba, un sitio errado (fijémonos en la ambivalencia semántica, en la cercanía entre *errado* y *errancia*), un sitio que no es. Este Edipo, símbolo del mito de la identidad (más cercano al Edipo original de Sófocles que al Edipo del Psicoanálisis, símbolo de la necesidad de superación frente al padre) pueden sugerirnoslo otros textos de Segovia. Me parece hallarlo, por ejemplo en ciertos textos de *Anagnórisis*, poema-libro de Segovia, *poema extenso* a la manera en que los definiera Octavio Paz, y uno de sus títulos fundamentales.<sup>3</sup> Así, ese Edipo que es signo, manifestación de la pregunta por el origen, por la identidad, late en varios de los poemas de *Anagnórisis*: «Una noche de engañosa luna vi mi imagen: una columna sórdida de sombras / que un dardo fulgurante atormentaba...» («Canción de los días», 1998: 255). Está aquí el engaño de la identidad, de esa identidad que nos hemos inventado y que hemos hecho nuestra, y, además, el descubrimiento de nuestra propia otredad; descubrimiento, el de la otredad propia, que se hace aún más evidente en estos otros versos de *Anagnórisis*:

Del fondo helado del arroyo aquel  
vi levantarse un rostro que fue el mío  
[...]  
Se acordaba de todo:  
de cuando él y yo aún no nos conocíamos  
y éramos uno, absorto y sin historia  
de cuando lo perdí, cuando bajé los ojos,  
cuando no quise ya ser su guardián.  
[...] Y él, callado, dormido  
con los ojos abiertos bajo el agua glacial,  
veía todo aquello  
en la serena luz difunta  
y me esperaba hundido en su alma fiel y fría,  
hermano ahogado y limpio. («El arroyo», 1998: 267)

Pero hay aún más cosas en «Ser de intemperie». Junto al tema de la identidad y del origen, junto a la pregunta o el cuestionamiento de lo que somos, o de la negación de la supuesta identidad primera, hallamos también aquí la cuestión del reposo, o más bien de la falta de reposo. Y, al lado de Edipo, surge entonces otro personaje; se trata de Ulises, otro Nómada, otra máscara del poeta, quien será, como Edipo, motivo o símbolo presente en su poesía; símbolo en este caso, más explícito. Si Edipo es el símbolo del mito de la identidad o de la identidad errada, Ulises va a ser precisamente el símbolo del nomadismo, el símbolo de la errancia. Este simbolismo de Ulises puede advertirse en el poema «Ser de intemperie», fundamentalmente en su final. Y es que el final del poema resignifica todo el texto, nos hace leerlo de otro modo. Así, al llegar al final y regresar al principio, percibimos que, en realidad, el Nómada, desde el inicio, no sólo se representa a sí mismo, sino que nos representa también a todos; el Nómada es Ulises y al mismo tiempo, es todos los seres humanos; nosotros, todos, somos también él. Pero en Segovia, Ulises no será sólo el Ulises siempre de viaje, será también símbolo de la llegada, aunque más bien, habría que precisar, símbolo del mito de la llegada. Porque la llegada, como la identidad, es para Segovia otro mito: para el Ulises de Segovia la llegada no es un momento puntual, algo que se produce en un instante concreto, la llegada es más bien un proceso: se está produciendo constantemente, de manera continua; es decir, como antes hemos dicho, siempre se está llegando, o como dice la voz poética en este texto, lo que hay, en realidad, no es *la* llegada, sino «llegadas sucesivas». En otro poema de *Partición*, «Natividad», se lee: «Venimos siempre al mundo de la mano de un ser que no ha acabado nunca de volverse tierra, que sigue de viaje» (1998: 426). Pero pienso que merece la pena ahondar en este personaje, o en este símbolo de Ulises que, en mi opinión, tiene una gran importancia en la poesía de Segovia. Pienso que el poema titulado precisamente «Ulises», del libro *Anagnórisis*, nos permite percibir más claramente esta idea de la llegada como mito. Veamos el poema, incluido dentro de la sección «Suite del infiel»:

Era el espacio mismo, el lugar señalado. Nuevas aguas corrían pero el cauce consagrado permanecía inmutable. Detrás del presente otro presente vivía e irradiaba.

Y al Infiel, ¿qué le estaba deparado, sino la misma morada dispuesta en alborozo cada día, sino el trémulo silencio, sino el amor sin mengua? La prometida decaía pero en su alma la promesa estaba intacta. Otras aguas corrían bajo las aguas, otro río era el río.

Todo estaba cumplido, allí fructificaban las promesas del comienzo, el Tiempo, viejo embaucador, no había mentido. Otra puerta se abría sobre lo mismo y desde aquel umbral todo era virgen. El Infiel retornado reconocía al fin cada una de las horas señaladas que cruzaron a su paso, secretas y puntuales.

En la mañana atravesada de brumas y de vehementes ráfagas, cuando llegó, vencido, y se dejó caer sobre aquella misma hierba cuyo vaho caluroso antaño respiró su reposo impaciente, se abrió lo que pensaba ser su tumba, cayó del otro lado, y era otra vez lo mismo: la misma luz, el mismo prado, las mismas castas brumas, el mismo instante que se abría debajo del instante: el lugar memorable, sitio para la fiesta de los signos.

Se incorporó, miró con sus apaciguados ojos todo en torno, y juró, sin nostalgia, amar el paso fugitivo de los días, sucesión de relámpagos azules, dar lo suyo a cada instante, y hacer siempre su fiesta de la hora que viene. («Suite del infiel»: 1998, 305-306)

Este poema de Segovia nos muestra, en todo su esplendor, la idea de la llegada como mito. Pero observemos que, al contrario que el fatal, trágico mito de la identidad, ese que remite a Edipo, aquí se trata de un mito gozoso, jubiloso. No hay llegada no porque no exista un lugar a dónde llegar, sino porque el nomadismo lleva implícito ya, en sí mismo, la idea de las múltiples llegadas: «Y al Infiel, ¿qué le estaba deparado, sino la misma morada dispuesta en alborozo cada día, sino el trémulo silencio, sino el amor sin mengua?». Así, este Ulises de Segovia es un personaje que, en cierto modo, podemos pensar como un opuesto al Baudelaire de *Las flores del mal*. Este Ulises, como el personaje baudelairiano, es un ser metido de lleno en la repetición, pero la repetición aquí no es tragedia o spleen, sino felicidad, signo de alborozo. Así, la repetición de este Ulises, la repetición de Segovia, es todo lo contrario al hastío baudelairiano: «¡mañana, al otro día y siempre! -¡como todos!» (Baudelaire: 63). Leamos estos versos baudelairianos:

que la Nada nos es traidora;  
que todo, hasta la Muerte, miente,  
y en fin, que sempiternamente,  
ay, tendremos a toda hora,

en algún país ignorado  
que cavar la tierra ardua y mala,  
y empujar una dura pala  
con desnudo pie ensangrentado? («El esqueleto labrador», 172).<sup>4</sup>

\*

Volvamos ahora a este fragmento del poema de Segovia:

En la mañana atravesada de brumas y de vehementes ráfagas, cuando llegó, vencido, y se dejó caer sobre aquella misma hierba cuyo vaho caluroso antaño respiró su reposo impaciente, se abrió lo que pensaba ser su tumba, cayó del otro lado, y era otra vez lo mismo: la misma luz, el mismo prado, las mismas castas brumas, el mismo instante que se abría debajo del instante: el lugar memorable, sitio para la fiesta de los signos.

Resulta bien interesante comparar ambos fragmentos. El personaje baudelairiano es alguien que llega al reino de la muerte, al otro lado de la vida, y se encuentra frente a una circunstancia siniestra: tener que cavar, otra vez, «a toda hora», la «tierra ardua y mala»; aquí, la nada, la muerte mienten porque no lo disuelven todo, como prometían, sino que constituyen una reproducción, una repetición del mismo hastío que supone la vida. En cambio, el personaje de Segovia, este Ulises que llega y que llega vencido, ve en su tierra «la que podría ser su tumba» y esa tierra es también repetición, reproducción de lo mismo, de lo que vio antes, de todas aquellas tierras que halló en su camino, o más bien en su errancia: «la misma luz, el mismo prado, las mismas castas brumas»; pero, a diferencia de lo que le ocurre al personaje baudelairiano, para este Ulises de Segovia, esta repetición, esta tierra que es espejo o réplica de todas las otras, no se convierte en motivo de desesperación o desencanto; al contrario, da pie al júbilo, al gozo, a que se instaure «la fiesta de los signos». Pienso que la presencia de este Ulises sin llegadas o siempre

llegando, este Ulises que asume la repetición como júbilo, es una de las mejores muestras del exilio como arraigo en la poesía de Segovia.

En otro sitio he hablado de la presencia de dos voces en la poesía de Segovia, dos voces contrapuestas y complementarias, que podríamos resumir, rápidamente, en la de la errancia y la del arraigo; o en la de la intemperie y la del universalismo. Pienso que Ulises es uno de los signos más interesantes de la presencia de la segunda voz segoviana.<sup>5</sup> Podría decirse así que la poesía de Segovia se sitúa en medio de Edipo y de Ulises; es decir, entre dos mitos: el del origen y el del regreso; allí se sitúa para cuestionarlos; o más bien, para cuestionar el origen y para convertir en imposible, pero por eso mismo más hermoso, el regreso.

Vale la pena seguir indagando en este Ulises de Segovia; este Ulises distinto; un Ulises que no es que no pueda regresar, sino que no necesita regresar; un Ulises que descubre, podríamos decir, la unidad del universo. Me parece que esta concepción segoviana de Ulises y del mito de regreso, coloca al poeta en el lugar de aquellos seres que Claudio Guillén definió como contra-exiliados, esos seres de espíritu cínico-estoico que, frente a la actitud de pérdida y lamentación de los exiliados ovidianos, piensan que el mundo entero es su tierra.<sup>6</sup> Merece la pena entonces, realizar ahora otro ejercicio de comparación, y colocar el poema «Ulises» de Segovia, sobre todo su final, junto a un texto de otro autor; en este caso, Plutarco, el filósofo e historiador griego, quien constituye uno de los principales símbolos del contra-exilio para Claudio Guillén. Se trata de un fragmento de su tratado *De exilio*, escrito en el año 96 dC y recogido en *El sol de los desterrados*:

Es este el límite de nuestra tierra natal y aquí ninguno es exiliado, ni forastero ni extranjero; aquí están el mismo fuego, el agua, y el aire; los mismos magistrados y procuradores y concejales —el Sol, la Luna, la Estrella Matutina; las mismas leyes para todos, promulgadas por idéntico mando y soberanía —el solsticio de verano, el solsticio de invierno, el equinoccio, las Pléyades, Arcturo, el tiempo de sembrar, el tiempo de plantar... (Guillén: 21)

Como Segovia en «Ulises», Plutarco reivindica aquí la repetición de lo mismo, repetición, también, asociada a la naturaleza: «el mismo fuego,

el agua, y el aire», el sol, la luna, la Estrella matutina, etc. En el texto de Plutarco el exilio queda borrado, la unidad del universo hace que nadie sea extranjero, o forastero o exiliado. Algo parecido sucede en Segovia. Sólo que en su «Ulises» no se trata tanto de borrar el hecho del exilio (actitud que, en última instancia, podríamos pensar como un mecanismo de defensa para no aceptar lo doloroso) sino de descubrir, precisamente a raíz del exilio, esta unidad del universo y la belleza, el júbilo que dicha unidad supone. En cualquier caso, en ambos textos encontramos esa «comunidad con el sol y los astros» (Guillén: 28) que caracteriza al contra-exilio según Guillén. Pero hay también otros textos, otros versos de Segovia, cercanos a las palabras de Plutarco; así, por ejemplo, estos versos del poema «Climas», incluido, como «Ulises», en la «Suite del infiel» en *Anagnórisis*:

Nada dejas, has sido desde siempre nativo de estos cursos, tu patria es variable, siempre pensaste más con la estación que con tu pensamiento, aceptaste por tuya la palabra que el clima te depara (1998: 309).

O, también, otros de «Una tienda hecha del día», incluidos en *Partición*, nuevamente en el «Cuaderno del Nómada»: «Y no hubiste de hacer en las cosas tu morada, sino alzar tu tienda donde el aire es luminoso, porque más que las ciudades durará la luz en la que son visibles» (1998: 423).

Por cierto que las palabras de Plutarco pueden ser una buena guía para recorrer otra línea sugerente en la escritura de Segovia que aquí sólo vamos a apuntar; me refiero a esa que conduce a los románticos, a la poesía romántica. Según ha contado el propio Tomás Segovia, Bergamín dijo una vez sobre él que era un poeta alemán y a Segovia le pareció «el mejor elogio que me han hecho en mi vida» (Delgado: 4). Segovia se reconoce en la tradición romántica<sup>7</sup> e incluso declara que «el romanticismo es lo último verdaderamente importante que ha sucedido en la literatura» (Delgado: 4). Lo cierto es que la crítica ha considerado a Segovia, en cierto modo, como un poeta romántico de hoy, o como «un poeta de nuestro tiempo que alberga otros tiempos» (Orendáin: 81). Pienso que una de las razones que sostienen esta filiación romántica de Segovia es que en los románticos aparece, como en Plutarco, la idea

*contra-exiliada*, el deseo de fusión con el cosmos. Como ha escrito Antoni Marí «La unidad-totalidad es la categoría y la meta a que quieren acceder los románticos, es la categoría suprema y última» (Marí: 11).

Pero volviendo a los mitos de Edipo y Ulises, digamos que no se manifiestan en la poesía de Segovia sólo en la zona más directamente relacionada con el exilio, el nomadismo, la errancia. Hay otra zona que me parece de gran interés, en la que, aunque resulte en principio insólito, podemos también encontrar la huella de Edipo y de Ulises. Me refiero a esa zona relacionada con el lenguaje que es también insistente en la escritura de Segovia. En sus poemas, la voz poética sostiene una íntima relación con el lenguaje y las palabras; relación que se aprecia, por ejemplo, en un poema como «25 de abril, tarde», incluido en el libro *Lapso*:

También ellas  
                                  las ágiles palabras  
Que nunca han sido mías  
Pero donde podrían sino en mí decirse  
También ellas me dan lo que no es suyo  
Pero de quién podría ser sino de ellas (1998: 559).

Uno de los libros de Segovia en los que la presencia del lenguaje se hace más intensa es ese que constituye, junto a *Anagnórisis*, su otro gran poema-libro, *Cantata a solas* (1983), acaso su libro de mayor densidad, especie de partitura filosófica, que da cuenta de «una conciencia fragmentada», como ha escrito Mario Campaña (98). Pienso que para Segovia el lenguaje se constituye también al modo del exilio:

Necesito un lenguaje en que embarcarme  
Que me lleve con él  
Que no me deje aquí sabiendo y separado  
Quiero saber estando  
Quiero llegar a sitios metido en las palabras (509)

La voz poética pretende aquí embarcarse en el lenguaje, en las palabras, como lo haría un Ulises en su barca; es metido en el lenguaje, en las

palabras, como es posible, acaso, conseguir la unidad. Pero como el exilio, el lenguaje es herida, marca de separación; o como sigue diciendo el poema:

Qué mucho que el invierno no vaya a ningún sitio  
Tampoco a ningún sitio va el lenguaje  
Los tiempos largamente me informaron  
Que nunca nadie habla  
Sólo se oye en la noche glacial el hablar mismo (1998: 538).

En estos fragmentos, el lenguaje (y con él el ser humano que habla) es una especie de Ulises, de Nómada, vagando, no va a ningún sitio; es una especie de ser «hecho de viaje» y hay aquí, también, como en el mito de Edipo, como en el mito de la identidad, un engaño: «nunca nadie habla, sólo se oye en la noche glacial el hablar mismo». Segovia destaca así la dimensión de vacío del lenguaje, la imposibilidad de la comunicación, el hecho de que no hay amo del lenguaje, no hay un sentido previo, como no había, tampoco, un lugar real donde situar el origen: «Toda palabra y no sólo el enigma / Es una loca tirada de dados» (1998: 546), o también: «Compréndelo hablador / Sueñas cruzar bogando en las palabras / Quien boga es la Gramática» (1998: 499), y asimismo: «Nunca hablas tú / Habla la forma muda que te inventa» (1998: 499). Aunque la voz poética precisa: «Todo está siempre dicho / El lenguaje lo dice siempre todo / La que acalla las voces es la escucha» (1998: 545). Es decir, escuchamos mal, escuchamos en falso o no escuchamos lo que debiéramos o lo que importa; como en el mito del origen, como Edipo, como hacemos con nuestra identidad, ponemos nuestro oído donde no corresponde, donde no es.

Pero quiero detenerme en otro poema de Segovia, perteneciente a *Partición*. Se trata del texto titulado «Mujeres», que, desde mi punto de vista, es uno de los que mejor refleja la huella del mito de Ulises en el lenguaje. Porque en este texto no se lee sólo el Ulises nómada, «ser de viaje» construido por Segovia; se lee, sobre todo, la idea de ese Ulises siempre llegando y ese Ulises jubiloso en sus sucesivas llegadas. «Mujeres» es, quizás, uno de los poemas más cálidos de Segovia. Veamos el comienzo:

Conversan las mujeres al crepúsculo:  
Con los brazos cruzados  
Con los ojos ociosos  
Las que escuchan atienden  
A un tiempo íntimamente y lejanísimas  
En paz consigo mismas  
A sí mismas devueltas por esa voz ajena  
Que toma la palabra y en ella envuelto el mundo  
Y pone a los oyentes en la orilla  
Donde la vida al fin queda al alcance  
Donde el coloquio es tibieza y abrigo (1998: 433).

En este poema, el lenguaje es presentado de otro modo, de un modo mucho más amable, como lo sugiere el propio comienzo del poema: conversación durante el crepúsculo, conversación de mujeres íntimas y lejanas, «en paz consigo mismas»; se trata de una conversación, de un lenguaje que finalmente desembarca y que lleva hasta la orilla, de un coloquio que es «tibieza y abrigo». Pero acaso lo más interesante es como aquí se señala como positivo, como deseable incluso, el «no decir nada» de este lenguaje femenino:

No dicen nada soban las palabras  
Se dejan entibiar por su licor el pecho  
No dicen nada dicen que hay la vida (1998: 434).

Así, de pronto, el lenguaje, este lenguaje femenino, este no-decir, no resulta engaño, no tiene dimensión trágica sino entrañable: es el modo de decir que hay la vida. Observemos, además, que aquí se establece un vínculo corporal con el lenguaje: se soban las palabras, entibian el pecho con su licor; el lenguaje, las palabras, entonces, se hacen cuerpo, materia, son como una tierra que se puede tocar. Y sigue diciendo Segovia sobre las mujeres: «No dicen nada porque todo corra / Por no parar su vida con palabras» (1998: 434) y más adelante:

No quieren apresar su vida  
No quieren poseerse en un relato



mundo femenino. Escribía Sor Juana, en su famosa carta a Sor Filotea, que «si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito» (Sor Juana Inés de la Cruz: 134). Se me ocurre que si más poetas, más hombres, hubieran contemplado el hablar de las mujeres desde la perspectiva que asume Segovia en este poema, acaso otro punto de vista sería el habitual acerca del discurso, del parloteo femenino.<sup>8</sup> Por último, digamos que la identificación de la voz poética, su cercanía al mundo femenino, se hace patente en los versos finales del poema: «Desde mi propia fiesta de palabras / Yo saludo su lenta ceremonia» (1998: 435).

Este poema, «Mujeres», nos da pie para entrar en la última zona de la poesía de Segovia a la que me propongo acercarme. Se trata de una de sus zonas más jubilosas, en la que Ulises, este Ulises siempre llegando, y Plutarco, el Plutarco más feliz, cobran todo el protagonismo. Esta zona se correspondería con la que he llamado la segunda voz en Segovia y es en la que, acaso, el contra-exilio se hace más nítido.<sup>9</sup> Guillermo Sucre ha descrito a Segovia como «el familiar del mundo» y esa familiaridad se manifiesta sobre todo hacia la naturaleza: la luz, el día, las estaciones, los climas, el tiempo, en última instancia: *El tiempo en los brazos*, recordemos, se titula precisamente el conjunto formado por varios cuadernos de notas, de diarios, editado en 2009 y que constituye una de las últimas publicaciones del poeta.<sup>10</sup> También, en *Cantata a solas*, Segovia había escrito: «Fue en el curso del tiempo donde me extravié / Dónde sino en el tiempo me podría encontrar» (1998: 505). Ahí, entonces, en medio, en el encuentro con estos «magistrados, concejales, procuradores», en medio del tiempo, es donde la poesía de Segovia alcanzará tal vez sus notas más felices, más alborozadas, más cálidas. Así, pienso, por ejemplo, en «Alegría», texto incluido en *El sol y su eco* (1959), que percibo como uno de los poemas más jubilosos de los que se han escrito para celebrar la alegría, una alegría encontrada donde menos se esperaría hallarla: «en medio del exilio»; pocos poemas más contra-exiliados que éste; veamos su final:

Tú me has traído al mundo,  
tú que eres mi pureza, mi exigencia,  
mi grano de locura,  
Alegría.

El corazón en medio del exilio  
y su turbio y revuelto campamento,  
en secreto te encuentra  
en el reino del día,  
y allí te reconoce y canta, y canta. (1998: 172)

En medio del turbio y revuelto campamento del exilio, la voz poética se fija, consigue habitar en el día y eso produce su júbilo, su canto. Creo que estos magistrados, estas leyes de Plutarco, que encarnan luna, estrellas, solsticios, veranos, equinoccios, etc., definen esa especie de «residencia en el tiempo», en el día, en la noche, en las estaciones, que practica Segovia en su escritura y que quizás se manifiesta con mayor frecuencia en los libros de su última etapa; es decir, a partir de *Misma juventud*, publicado en 2000. A partir de ese libro se vuelve más intenso, acaso, el intento del poeta de «puntuar el tiempo», puntuación que supone escandirlo en las distintas formas y modos en los que el tiempo se ofrece: días, horas, noches, cielo, luz, primavera, otoño, lluvia, nubes. Segovia puntúa el tiempo, lo escande, y lo habita. En esos poemas de «residencia en el tiempo», en los que se realiza la escansión y el hábitat, se tiene la impresión de que la voz poética es un Ulises que ha alcanzado la fusión con la naturaleza, un Ulises centrado exclusivamente en sus llegadas, llegando todo el tiempo, concentrado en la luz, el prado, la misma luz y el mismo prado de todos los sitios de su errancia y por eso mismo fascinantes; un Ulises que ha olvidado la existencia de Edipo y para el que casi se ha borrado la intemperie, la orfandad; en muchos de estos poemas no queda ya lugar para el desarraigo, para el engaño, para la incertidumbre. Son textos-ceremonia, a la manera del coloquio femenino en «Mujeres», textos que se van diciendo para «ponerle un corazón al tiempo» o, acaso, más bien, para encontrar el corazón del tiempo:

Sólo el tiempo hace eco al tiempo  
Soy el que fui y soy quien soy  
Fundidos uno y otro  
En el morado cielo demorado  
Durando allá y durando aquí  
Sólo porque esta hora vulnerada dura... («El tiempo y su eco», 2003: 31-32).

Los magistrados naturales pueden, en ciertos poemas, convertirse así en la seña de reconocimiento, en la única marca o señal que une a dos personas conocidas que se han olvidado:

Y cuando alguna vez se cruzan nuestras vidas  
A duras penas nos reconocemos  
Pero en el otro encontramos sin falta  
Inconfundible como un rasgo hereditario  
Nuestra misma atadura a un ancestral verano. («Gavota», 2007: 49).

Los magistrados naturales lanzan continuamente su invitación y el sujeto poético está siempre presto a aceptarla:

Hoy el invierno fraterniza con nosotros  
Saca a volar a sus amables pájaros  
Deja a su sol melificarse un poco  
Tiene su casa abierta  
Y nos invita a su silencio delicado («Invierno abierto», 2008: 24).

Quisiera, sin embargo, para terminar, detenerme en el hermoso «En los ojos del día», que pertenece a uno de los primeros libros del poeta, *Luz de aquí* (1958) y que considero entre los textos más significativos de esta zona segoviana. Veamos el poema:

Hoy de pronto nos hemos despertado  
en el centro del día, en los ojos del día.  
Aquí todo es comienzo y la luz no termina;  
[...]

Hundidos en los anchos, claros ojos del día,  
somos nosotros sin escapatoria,  
sin nada en otro sitio,  
enteros en la luz donde todo prosigue  
igual y diferente, («En los ojos del día», 2008: 129-130).

La historia del poema comienza prácticamente *in media res*: «Hoy de pronto nos hemos despertado en los ojos del día»; y se centra en esta

circunstancia concreta; los antecedentes se han borrado y parecen carecer de interés. Hay aquí una especie de Ulises habitando, de pronto, súbitamente, en «los ojos del día»; un Ulises que se ha despertado allí, poco importa cómo ni por qué; lo que importa es que está. Y no está simplemente en el día, sino en los ojos del día; es decir, el día es una especie de ser viviente y aquí recordamos nuevamente la filiación romántica de Segovia, como cuando escribía sobre Nerval: «Todo el Romanticismo concurre a imaginar el universo como vivo y *sobre todo* a intentar pensar desde dentro de él» (1973: 163). El día, este día con ojos, es, así, un ser vivo en el poema y la voz poética, este Ulises que llega, puede instalarse dentro de él. Observemos, de paso, que el término *ojo* es el mismo que se utilizaba para describir el exilio, aquel ojo veraz en la «Canción de huérfano»; pero los ojos de este día parecen bien distintos, no se asocian a la herida sino a la placidez, a la serenidad. Como en todas las tierras que Ulises siente suyas, aquí también «todo es comienzo»; aquí, también, «la luz no termina». Decía antes que todos los antecedentes están borrados en el texto; sin embargo, dos versos dan cuenta de que ha habido un antes (o de que podría haber un después): «somos nosotros sin escapatoria, / sin nada en otro sitio»; es decir, la luz, el día, se han convertido en El Sitio con mayúsculas, en el lugar que ha borrado la errancia; no es posible, ni se quiere, escapar de ahí; no es posible, ni se quiere, dejar o llevar nada de uno mismo a ninguna otra parte. Así, los magistrados de Plutarco, o sea, la luz, el día, las estaciones... constituyen el destino final de este nómada, de este Ulises que no parecía nunca poder, o querer, concluir su viaje, su errancia. Ulises, por fin, consigue hacer realidad la meta de los románticos: la fusión con el cosmos.

Decía Tomás Segovia en alguna entrevista que los exiliados republicanos españoles vivían en México en una especie de ghetto y añadía: «Mis raíces prefiero que estén al viento y que se puedan hundir en cualquier tierra» (Delgado: 4). Los textos examinados nos han permitido seguir una de las líneas de la poesía de Segovia, ese situarse entre Edipo y Ulises, entre el mito de la identidad y el mito del regreso; nuestro recorrido nos ha llevado a acercarnos a esa peculiar manera en la que se presenta el exilio en los textos segovianos, una manera esencialmente

contra-exiliada, tal como la describía Claudio Guillén. Y es que Segovia (el Segovia poeta y el Segovia ser humano) es alguien que concibe sus orígenes dentro de unas coordenadas mucho más anchas que aquellas que delimitan una supuesta patria, una nación, un idioma. Lo imaginamos, en fin, haciendo suyas las famosas palabras de Epicteto, esas que revelan un modo, acaso el mejor modo, de burlar el exilio: «¿El destierro? [...] ¿Y a dónde puede alguien desterrarme? Fuera del mundo no puede» (Guillén: 28).

## NOTAS

1. Todas las referencias corresponden a la edición de la *Poesía* de Tomás Segovia publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1998. Las citas pertenecientes a poemarios posteriores y no incluidos en esta edición se toman de los libros originales; se señalará, en cada caso, la procedencia de las referencias.
2. Tomás Segovia, *Llegar (Poemas 2005-2006)*, Valencia, Pre-Textos, 2007.
3. Véase Octavio Paz, «Contar y cantar (Sobre el poema extenso)», en *La otra voz. Poesía y fin de siglo. Anagnórisis* constituye la «suma poética» de Segovia al decir de Sucre (369); anagnórisis, como subraya también Sucre significa «reconocimiento», «la segunda fundación» y es, para Segovia, «el modo de operar de la poesía» (368). Este poema-libro ha sido comparado, dentro de la poesía mexicana, con *Pérséfone*, de Homero Aridjis y con *Muerte sin fin*, de José Gorostiza (Véase Mauricio Ramírez, «La agnición de T. S.», en *Acercamientos a Tomás Segovia*).
4. El texto francés es: «Qu'envers nous le Néant est traître ; / Que tout, même la mort, nous ment, / Et que sempiternellement, / Hélas ! il nous faudra peut-être // Dans quelque pays inconnu / Écorcher la terre revêche / Et pousser une lourde bêche / Sous notre pied sanglant et nu ?» (Baudelaire, *Œuvres complètes*, Paris, Robert Laffont – Bouquins, 1980, p. 69-70.)
5. Véase el prólogo «Tomás Segovia: en la roca tibia del no pertenecer», en mi antología del poeta *Sin nada en otro sitio*, publicada en 2009. El presente artículo toma aquel trabajo como punto de partida.
6. Véase Claudio Guillén, *El sol de los desterrados: Literatura y exilio*. Para Claudio Guillén existen dos sensibilidades distintas, incluso opuestas frente al exilio; la cínico-estoica, que es «extremada, es decir, completamente positiva» (18) y cuyo arquetipo sería Plutarco, «y la sensibilidad afligida, negativa, centrada en la protesta, la nostalgia, la lamentación» (31), representada por Ovidio.
7. Véase, por ejemplo, la entrevista antes citada en *Babelia*, en el periódico *El País*, de 2003.
8. Sería interesante poner en relación la visión que ofrece Segovia sobre las mujeres en este poema con la idea que Josefina Ludmer sostiene en su célebre artículo «Tretas del débil». Allí la estudiosa se pregunta por qué apenas ha habido mujeres filósofas y deduce que la pregunta está mal formulada, pues de lo que se trata, en todo caso, es de que ha habido muy

pocas mujeres haciendo filosofía desde el campo delimitado por la propia filosofía, pero no así desde otras zonas; una zonas por lo general periféricas. Ludmer concluye que es posible entonces, y conveniente, escuchar el discurso femenino –al menos cierto discurso– como discurso filosófico (Ludmer: 53). Podría decirse que Segovia da una vuelta de tuerca a esta idea de Ludmer, pues desde su perspectiva la dimensión filosófica del discurso femenino no estaría dada por el contenido en sí de dicho discurso ni tampoco por su rebeldía (Ludmer), sino que dicha dimensión estaría en otra parte: vendría dada ya, de antemano, por la propia relación, por el tipo de vínculo que establecen las mujeres con el lenguaje y las palabras.

9. Habría que precisar que la zona de los poemas amorosos, incluyendo los llamados por el poeta «sonetos votivos», que suele ser también jubilosa, gozosa, se corresponde también con la que he denominado la segunda voz en Segovia. Pero los poemas amorosos no serán abordados en este trabajo.

10. También en 2009 Segovia publicó el poemario *Aluvial* (Pre-Textos, Valencia). Sus dos últimos libros de poemas publicados fueron: *Estuario* (Pre-Textos, Valencia), en 2011, y póstumamente, en 2012, *Rastreos y otros poemas* (Pre-Textos, Valencia).

## BIBLIOGRAFÍA

- Baudelaire, Charles (1948) *Las flores del mal*. Prólogo y traducción de Nydia Lamarque, Buenos Aires: Losada.
- (1980) *Œuvres complètes*, Paris: Robert Laffont – Bouquins.
- Campaña, Mario (2003) «No hay mudez en el hombre, sordera es lo que hay. Lectura de *Cantata a solas* de Tomás Segovia», *Guaraguao. Revista de Cultura Latinoamericana*, nº 16, pp. 97-114.
- Cruz, Sor Juana Inés (1978) «Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz», *Obras escogidas*, Madrid: Espasa-Calpe, pp. 117-147.
- Delgado, Fernando G. (1977) «Tomás Segovia: Un poeta sin patria» [entrevista], *Ínsula*, nº 363, p. 4.
- García Montero, Luis (1997) «La poesía de Tomás Segovia», *Boletín de la Residencia de Estudiantes*, nº 4, pp. 2-5.
- Guillén, Claudio (1995) *El sol de los desterrados: Literatura y exilio*, Barcelona: Cuaderns Crema.
- Ludmer, Josefina (1985) «Tretas del débil», en Patricia Elena González y Eliana Ortega (Ed.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*, Río Piedras: Huracán, pp. 47-54.
- Marí, Antoni (1979) *El entusiasmo y la quietud. Antología del romanticismo alemán*. Ed. y prólogo de Antoni Marí, Barcelona: Tusquets.
- Orendáin, Jorge (, «La espiritualidad inteligente en Segovia», en *Acercamientos a Tomás Segovia*, pp. 61-82.

- Paz, Octavio (1990) *La otra voz. Poesía y fin de siglo*, Barcelona: Seix Barral.
- Ramírez, Mauricio, «La agnición de T. S.», en *Acercamientos a Tomás Segovia*, pp. 83-105.
- Rodríguez Gutiérrez, Milena (2009) «Tomás Segovia: en la roca tibia del no pertenecer», Prólogo a Tomás Segovia, *Sin nada en otro sitio. Antología poética*. Ed., selección y prólogo de Milena Rodríguez Gutiérrez, Granada: Ayuntamiento, pp. 7-25.
- Rodríguez Marcos, Javier (2003) «Entrevista: Tomás Segovia, Poesía y pensamiento», en *El País*, suplemento *Babelia*, 5-4.  
[http://www.elpais.com/solotexto/articulo.html?xref=20030405elpbabese\\_1&type=Tes&anchor=elpporcul](http://www.elpais.com/solotexto/articulo.html?xref=20030405elpbabese_1&type=Tes&anchor=elpporcul)
- Segovia, Tomás (1973) «La tercera vida de Nerval», en *Contra-corrientes*, México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 152-179.
- (1998) *Poesía (1943-1997)*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
  - (2003) *Salir con vida*, Valencia: Pre-Textos.
  - (2007) *Llegar (Poemas 2005-2006)*, Valencia: Pre-Textos.
  - (2008) *Siempre todavía (Poemas 2006-2007)*, Valencia: Pre-Textos.
  - (2009) *El tiempo en los brazos. Cuadernos de notas (1950-1983)*, Valencia: Pre-Textos.
- Solanes, José (1993) *Los nombres del exilio*, Caracas: Monte Ávila.
- Sucre, Guillermo (2001) «XVI. El familiar del mundo [1966]», en *La máscara, la transparencia*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 367-372.